

Transnacionalismo e historia transnacional del trabajo: hacia una síntesis teórica*

Transnationalism and Transnational Labor History: Toward a Theoretical Synthesis

*Juan Pablo Bohórquez-Montoya***

Recibido: 28/02/09

Aprobado evaluador interno: 12/04/09

Aprobado evaluador externo: 16/04/09

Resumen

Este trabajo hace una síntesis de los aportes realizados por la teoría transnacional —fundamentalmente sociológica y antropológica— para comprender los fenómenos sociales contemporáneos que trascienden las fronteras nacionales. De este modo, se examinan los aportes de esta teoría en la era de la globalización, e igualmente, se señalan sus límites, los cuales pueden ser superados en la medida que se integre una visión histórica de los fenómenos sociales que abarca este campo teórico. Así, se plantea la necesidad de integrar la historia transnacional del trabajo a la teoría general del transnacionalismo, avanzándose de este modo en la restitución del trabajo como categoría fundamental para el análisis social contemporáneo.

Resumen

This paper makes a synthesis of the contributions made by transnational theory —mainly sociological and anthropological theory— to understand the contemporary social phenomena that transcend national boundaries. Thus, it examines the contributions of this theory in the era of globalization and points out its limits, also; limits which might be overcome by means of restoring an historical overview of all the social phenomena encompassed in such theoretical body. It argues, too, that transnational labor history must be included in the general theory of transnationalism in order to reinstate labor as a crucial category of contemporary social analysis.

* Artículo de reflexión, resultado de un proceso de investigación desarrollado por el autor en el doctorado de Ciencia Política, que fue ampliado y modificado durante el trabajo en el CINEP (Centro de Investigación y Educación Popular). El autor desea agradecer a todos los comentaristas anónimos sus generosas observaciones, las cuales permitieron mejorar y hacer más claro este ensayo; ninguna de estas personas es responsable de los errores o inconsistencias que el mismo pudiese contener.

** Investigador del CINEP. Economista, psicólogo, magíster en Análisis de Problemas Políticos, Económicos e Internacionales Contemporáneos. Candidato al doctorado en Ciencia Política de la Universidad Laval, Quebec (Quebec), Canadá. Áreas de especialización: sociología política, filosofía política y estudios internacionales.

Correo electrónico: Juan-pablo.bohorquez-montoya.1@ulaval.ca, jpbohorquez@cinep.org.co

Palabras clave autor

Transnacionalismo, historia transnacional del trabajo, nacionalismo metodológico, globalización, trabajo.

Palabras clave descriptor

Transnacionalismo, Trabajo y trabajadores, Nacionalismo.

Key words author

Transnationalism, transnational labor history, methodological nationalism, globalization, labor.

Key words plus

Transnationalism, Labor and laboring classes, Nationalism.

There is no alternative.

[No hay alternativa]

Margaret Thatcher

The interests, passions, and ideas undergirding and the resources inherent in social and symbolic ties can traverse nation-state borders for decades.

[Los intereses, las pasiones e ideas básicas, así como los recursos inherentes a los lazos sociales y simbólicos pueden atravesar, por décadas, las fronteras de los Estados nacionales.] (Faist, 2000).

Pero la insistencia en que el bien común es otorgado desde arriba mediante la concesión autoritaria, aseguró que esta filosofía política solo podría ser modificada desde abajo a través de la revolución violenta. Nuevamente, los principios y las prácticas de la democracia fueron propuestos. (Fuentes, 1992).

La existencia de un espacio global que abarcara la mayoría de los procesos sociales contemporáneos —económicos, políticos, sociales y culturales— ha sido puesta en duda desde distintas disciplinas y ópticas. Esta puesta en cuestión no implica la negación de que la globalización existe, o la afirmación de que ella no sea, tal vez, un fenómeno nuevo en el capitalismo tanto como una reformulación de la forma de pensar y, quizá, un aporte a lo que se ha denominado la *post-globalización*. Así, han surgido varias opciones al postulado ya clásico sobre la globalización de Margaret Thatcher de finales de los años 80 y con el cual comenzamos este trabajo. Las alternativas se han presentado desde los movimientos sociales, especialmente los campesinos. Estos han planteado propuestas viables de producción, vida y desarrollo distintas a las centradas en la participación exitosa en el mercado mundial. Desde el mundo académico, por su parte, se ha formulado el transnacionalismo, entre otras alternativas más, corriente que destaca la historia transnacional del trabajo.

La recuperación del concepto de trabajo y la delimitación de un espacio social distinto al nacional, y también al “ilimitado” de la globalización, han sido emprendidas por la historia transnacional del trabajo, la cual ha reformulado así mediante el concepto de trabajo —una categoría fundamental al momento de comprender los procesos capitalistas contemporáneos—, a la par que ha puesto en evidencia el vacío existente entre el dominio del Estado y los procesos sociales, situación que remite a la imposibilidad de una unidad en los procesos globales.

Este trabajo comprende dos partes: En “El transnacionalismo, una forma de pensar que rompe con el nacionalismo metodológico”, se exponen algunas de las aproximaciones del transnacionalismo y se presenta abreviadamente su ruptura con la forma

de pensar que confina los fenómenos sociales a las formaciones nacionales, y en “De la historia del trabajo a la historia transnacional del trabajo” se aborda el examen de la crítica del trabajo como concepto central del análisis político y sociológico; finalmente, se presentan los postulados básicos de la historia transnacional del trabajo y sus consecuencias políticas.

1. El transnacionalismo, una forma de pensar que rompe con el nacionalismo metodológico

Aunque el transnacionalismo surgió y se desarrolló en el ámbito de las ciencias sociales, principalmente en los estudios de la emigración internacional, su fuerza explicativa de la dinámica social ha logrado, sin embargo, permear otros campos de estudio.

El transnacionalismo tiene múltiples significados que demarcan diversas perspectivas y señalan campos de investigación muy distintos: relaciones sociales que cruzan fronteras, redes y flujos de personas, ideas e información, diásporas, reproducción de procesos culturales a escala global, reconfiguración y expansión del capital a nivel mundial y movimientos sociales que articulan lo local y lo global en lo que se ha denominado el *espacio social transnacional* (Faist, 2000; Fitzgerald, 2004; Mahler, 1998; Tarrow, 2005; Vertovec, 2004).

1.1. El campo de estudio

La definición y demarcación del campo transnacional remite por lo general al trabajo clásico de Glick Schiller, Basch y Szanton-Blanc (1992, p. 1), donde el transnacionalismo es definido “como el proceso por el cual los inmigrantes construyen campos sociales que vinculan su país de origen con el de asentamiento” y se denomina transmigrantes a aquellos emigrantes que construyen dichos campos sociales al mantener múltiples relaciones —familiares, económicas, políticas, culturales, entre otras— que contribuyen, indistintamente, a ensanchar y unir las fronteras.

El transnacionalismo, como señalan las autoras, pretende dar cuenta de todos los fenómenos que no han podido ser comprendidos ni han gestado nuevas aproximaciones en el ámbito de las teorías migratorias. Estos fenómenos tampoco han sido integrados ni explicados por teorías más amplias, entre otras la teoría del sistema mundo de Wallerstein porque se centra excesivamente en procesos económicos en los cuales los emigrantes son comprendidos, en lo fundamental, como fuerza de trabajo dentro de un mercado laboral mundial. Asimismo, la teoría del sistema mundo tiende a ignorar los procesos —políticos, militares, legales e ideológicos— que siguen dando fortaleza y crean nuevas formas de existencia de las naciones.

En la perspectiva de la economía mundial, el surgimiento del transnacionalismo fue resultado de la reestructuración global de las formas de acumulación capitalista que

generó y sigue estimulando procesos migratorios inéditos, los cuales son propiciados, a su vez, por el desarrollo de los sistemas de comunicación y de transportes contemporáneos. Esta reconfiguración del capitalismo a escala global ha conllevado el deterioro de las condiciones sociales y de vida en las sociedades que envían y reciben emigrantes, situación que se asocia al racismo —sobre todo en Europa y Estados Unidos— como factor que contribuye a la inseguridad política y económica de los inmigrantes y sus descendencias y a la construcción de proyectos nacionales en las sociedades en las cuales los transmigrantes mantienen relaciones (Glick Schiller, Basch y Szanton-Blanc, 1992; Glick Schiller, Basch y Szanton-Blanc, 1999, p. 77).

Por consiguiente, la investigación transnacional debe separarse de las unidades tradicionales de análisis, como la tribu y la nación, y enfocarse en los procesos desarrollados por los transmigrantes —en su mayoría trabajadores— en sus vidas cotidianas y en las fuerzas a las cuales se enfrentan porque es precisamente dicho conjunto el que está modificando las distintas formas y maneras de asumir las identidades de clase, género y nación.

1.2. El nacionalismo metodológico

El transnacionalismo entraña, por consiguiente, una ruptura con el “nacionalismo metodológico” (y sus concomitantes), debiéndose entender por este la perspectiva científica que asume como dado y natural que el mundo se encuentra dividido en sociedades delimitadas por las fronteras establecidas por los Estados nacionales. De este modo, se equipara la sociedad al Estado-nación y, finalmente, en una operación ideológica, se unen los intereses nacionales con la ciencia social (Glick Schiller, 2004, p. 463; Wimmer y Glick Schiller, 2002, pp. 3.002 y ss).

Herminio Martins (1974, pp. 276-277), quien acuñó el concepto de nacionalismo metodológico en respuesta a las críticas realizadas al paradigma funcionalista, señalaba que, cuando se llevaban a cabo estudios sociológicos comparativos, estos solían realizarse entre las unidades definidas desde el Estado-nación. El problema de este tipo de estudios reside en la unilateralidad de la comparación hecha, pues finalmente esta quedaba reducida a las fronteras nacionales y, comúnmente, a la perspectiva de una sola de las naciones involucradas en los procesos sociales. Así, por ejemplo, aquellas personas que emigraban eran estudiadas como emigrantes o inmigrantes de un Estado nacional específico, mas no en la continuidad del proceso. En consecuencia, los procesos terminaban reducidos a unidades explicativas y de investigación limitadas a un territorio estatal nacional, así no tuviesen relaciones fundamentales o determinantes con los procesos de los Estados nacionales.

El inconveniente fundamental de este tipo de reducciones reside, en síntesis, en la simplificación de los procesos y hechos sociales en la medida que estos son divididos y

separados arbitrariamente —así las nuevas categorías de análisis aparezcan como naturales—, lo cual les hace perder el carácter singular que los vincula a un campo relacional, es decir, los procesos sociales o hechos devienen simples casos paradigmáticos de un tipo de sociedad determinada.

Para Ulrich Beck (2006, pp. 25, 51-58) el problema fundamental del nacionalismo metodológico radica sobre todo en la confinación de la política y la sociedad modernas en el espacio nacional. Según su criterio, ambas son unidades relativamente encerradas en sí mismas que, en última instancia, terminan por subordinar la sociedad y la nación misma a los designios del Estado, lo cual limita, cuando no inhibe, la comprensión de los problemas resultantes de la interdependencia mutua y los riesgos “compartidos” planetariamente. Adicionalmente, esta corriente tiende a emitir una serie de generalizaciones que impiden la comprensión de una supuesta “sociedad universal” por cuanto las características de esta última son deducidas de un modelo social nacional determinado.

Lo anterior implica, desde la óptica del transnacionalismo, el ejercicio de re-pensar los conceptos fundamentales del análisis social y volver a conceptualizar, en consecuencia, las relaciones de los transmigrantes con el Estado. Para tal fin, es necesario tener en cuenta los procesos de construcción de los distintos proyectos de nación por fuera de la territorialidad circunscrita jurídica y legalmente por parte de aquellos. El sentido de pertenencia a una nación determinada no podrá, por lo tanto, constreñirse al interior del territorio que “tradicionalmente contiene” a los sujetos nacionales, sino que deberá incluir las simbologías, los lenguajes, los proyectos de futuro y la transformación de la nación misma que los emigrantes de primera generación y sus descendientes produzcan, y es precisamente esto lo que Glick Schiller y Georges Fouron (2001, p. 20) han optado por denominar “nacionalismo de larga distancia.”

Dicho nacionalismo supone que los emigrantes dispersos en distintos Estados se sienten identificados con un territorio ancestral y una forma o formas de gobierno y, por lo mismo, se encuentran unidos en una sola nación o una sola “comunidad imaginada,” como lo afirman otros autores del transnacionalismo que toman la expresión de Benedict Anderson. Asimismo, la nación se constituye en un sistema de significación y representación no unitaria pues en ella se entrecruzan distintas ciudadanías, formas de adscripción y lealtad con los Estados receptores o emisores de población, y culturas, en este último aspecto no solo por obra de la tecnología sino, sobre todo, por aquello que aportan los emigrantes, tal como formas vida, de consumo, de alimentación, entre otras (Bhabha, 1990; Ferrero, 2002; Glick Schiller, Basch y Szanton-Blanc, 1999).

Las formas en que se constituyen los géneros, los espacios, los códigos de comportamiento y las actividades también se reconfiguran. En algunas sociedades emisoras —varios de los estudios de caso transnacionales se refieren a estructuras sociales la-

tinioamericanas, especialmente en países como México— se le asigna al hombre como sitio privilegiado el ámbito público y, en contados casos, apenas el espacio material por fuera del hogar, mientras que a las mujeres y niños se les adscribe fundamentalmente el doméstico. De este modo, se determinan las formas de vestir adecuadas y los comportamientos y las actividades aceptados según el género.

Las condiciones que encuentran muchos emigrantes por causa de la discriminación policial, la desconfianza de los “originarios” de las sociedades receptoras y la aplicación de leyes y procedimientos migratorios, obliga, sobre todo a los hombres, a mantenerse en sus residencias y abandonar las calles, los bares y las plazas o, sencillamente, a dejar de deambular por los caminos y áreas rurales que en sus sociedades de origen les era por lo general permitido transitar. Si bien estas restricciones generan sentimientos de pérdida de virilidad en los hombres, a las mujeres y sus hijos, por el contrario, les brindan algunos espacios, como centros de educación, de salud y hospitales, donde pueden adquirir una presencia pública y acceder a trabajos para los cuales se las concebía antes como mano de obra de reserva (Rouse, 1992).

Se considera que se ha producido un cambio en la forma de configurar el género, no solo por los cambios mencionados, sino también porque la misma migración ha sufrido un proceso de transformación. Durante el período de la migraciones de masas proletarias, es decir, desde finales del siglo XIX a principios del XX, eran solamente los hombres quienes emigraban, circunstancia que producía, de acuerdo con Donna R. Gabaccia (2000), hombres solos y viudas blancas, en otras palabras, hombres que al emigrar dejaban a sus mujeres a cargo del sostenimiento de hogar mientras ellos buscaban una mejor vida para sí y sus familias. Las mujeres, entonces, debían asumir todas las actividades —principalmente las económicas— que antes eran realizadas por los hombres en sus pueblos de origen y conservaban, por lo general, las mismas formas de sexualidad y socialización durante estas largas ausencias, al contrario de la mayor parte de los hombres, quienes trabajaban durante largos períodos sin tener contacto con miembros del otro sexo.

En las migraciones contemporáneas, sobre todo a partir de los años 60 del siglo XX, ha ocurrido una transformación: si en el pasado viajaba inicialmente un miembro de la familia, por lo común el hombre, al que luego se unían a veces los otros integrantes, hoy en día, a diferencia, se está configurando una “feminización de la emigración” (Hoerder, 2002, p. 517), puesto que son, en muchos casos, las mujeres quienes emigran primero para sostener a sus familias en los poblados de origen y crean las condiciones para la emigración posterior de los otros miembros del grupo familiar.

Las posiciones de clase también se han reconfigurando. Muchos de los emigrantes que en sus países son proletarios y campesinos, entran, al llegar a las sociedades de asentamiento, en circuitos de producción, en líneas de ensamblaje o ingresan al sector

de servicios como jardineros, meseros, empleados de mantenimiento, etc. Estos cambios introducen ritmos y formas de trabajo que generalmente contrastan con las condiciones laborales vividas hasta entonces y tales diferencias y reconfiguraciones de clase suelen expresarse en términos de ingresos y formas de consumo que se hacen visibles cuando el inmigrante o transmigrante —manteniendo el término de Glick Schiller— realiza compras de tierra y vivienda en sus lugares de origen o, como también se ha presentado el caso, se convierte en empresario.

Estos niveles de ingreso, tanto como el tipo de consumo, evidencian o señalan el grado de éxito obtenido en la sociedad de asentamiento, logro que, algunas veces, convierte a los favorecidos en parte de una “elite emigrante” (Goldring, 1999, p. 175). Por otra parte, los emigrantes que poseen alguna educación universitaria o técnica recorren, a menudo, el proceso contrario, es decir, pierden parte del estatus que tenían, viéndose abocados, en consecuencia, a formar parte del contingente de obreros y trabajadores de los servicios o áreas calificadas, pero con menores rangos y salarios más bajos.

Dicha configuración se ve afectada, asimismo, por elementos raciales y étnicos que se expresan en racismo, xenofobia y segregación, igual en Norteamérica que en Europa, y contribuyen a reforzar las fronteras que definen las clases sociales al tiempo que establecen categorías de separación entre las mismos grupos discriminados y minoritarios, todo lo cual coadyuva al mantenimiento de la dominación social (Kwong, 2001, p. 309).

1.3. El espacio social transnacional

El transnacionalismo define, según lo expuesto, un circuito o campo social, conformado por las relaciones establecidas entre las sociedades de origen y de asentamiento, que reconfigura la vida cotidiana de los emigrantes, su trabajo, su identidad de género y de clase, sus relaciones con el espacio público y privado y sus códigos y símbolos sociales, entre otros. Este fenómeno genera distintas formas de percibir y relacionarse con el mundo que, en vez de sintetizarse, crean, por el contrario, una “bifocalidad” compuesta de las relaciones establecidas entre las antiguas disposiciones, propias de su sociedad de origen, y las exigencias características de la nueva sociedad. Las contradicciones distintivas de la sociedad de asentamiento son, de hecho, las que determinan, en buena parte, las formas de transición de las precedentes estructuras sociales (Rouse, 1992, pp. 41-42).

La riqueza empírica que ha venido sustentando la teoría transnacional, la cual es posible constatar en la infinitud de estudios de caso, es una de sus mayores debilidades puesto que no logra formular unas generalizaciones suficientemente sustentadas ni crear un marco conceptual en verdad comprensivo de los fenómenos sociales que caen en su campo de estudio. Esta debilidad es atribuida por David Fitzgerald (2004) y Peter Kivisto (2001) entre otros autores, a la incapacidad, primero, de definir con claridad

qué se entiende por campo social transnacional y, segundo, de determinar una teoría distinta a la asimilación de los emigrantes a las sociedades receptoras.

No obstante, los estudios de Thomas Faist (2000; 2001; 2004) han logrado subsanar este problema mediante la formulación del concepto de *espacios sociales transnacionales*: “los espacios sociales transnacionales consisten en la combinación prolongada de lazos sociales y simbólicos sostenidos, sus contenidos, posiciones en redes y organizaciones, y redes de organizaciones que pueden encontrarse en numerosos Estados” (Faist, 2000, p. 199).¹

Así, los espacios sociales transnacionales se encuentran constituidos por personas y grupos que pueden ser móviles o inmóviles en virtud de sus normas, objetivos y acciones y, adicionalmente, por las normas estatales y extra estatales que enmarcan los flujos globales. El espacio social transnacional no es, como podría pensarse, un “espacio de flujos y tiempo inmutable” controlado por grupos de élites (Castells, 1999, p. 1), sino que se refiere a la práctica específica de grupos sociales, arraigados en lugares concretos y cuyos lazos o conexiones, aparte de contribuir a la formación misma del espacio social transnacional, no son fijados por los avances de los medios de comunicación y transporte porque el acceso a ellos depende de los recursos del agente social y de la escogencia que de los mismos se haga.

Lo que si requieren los grupos que constituyen un espacio social transnacional en particular, con o sin contigüidad espacial, es una serie de vínculos de intercambio, solidaridad y reciprocidad que les permitan una gran cohesión social en la construcción de un conjunto de símbolos y representaciones colectivas (Faist, 2000, p. 2008). Estos vínculos, por consiguiente, no dependen de la existencia de una cultura global o de la globalización misma a la que estarían sometidos pasivamente, así ella influya distintos grupos humanos.

¹ Una concepción del espacio social transnacional que compite con la de Thomas Faist es la propuesta por Ludger Pries: “Transnational social spaces are pluri-local frames of reference which structure everyday practices, social positions, employment trajectories and biographies, and human identities, and simultaneously exist *above and beyond* the social contexts of national societies” [Los espacios sociales transnacionales son marcos pluri-locales de referencia que estructuran las prácticas cotidianas, las posiciones sociales, las trayectorias de empleo, las historias de vida y las identidades humanas y que, simultáneamente, existen *por encima y más allá* de los contextos sociales de las sociedades nacionales]. (Pries, 2001, p. 69). Consideramos que ambas concepciones son complementarias, si bien la propuesta de Faist es más inclusiva de los fenómenos sociales y menos dependiente de las trayectorias de los individuos. Además, tiene como uno de sus fundamentos las posiciones locales de los que están constituyendo este espacio, lo que permite ubicar el conjunto de las relaciones sociales más allá y a través de los Estados nacionales y de las organizaciones supranacionales (Faist, 2004, p. 341). Igualmente, es necesario señalar que, desde otras disciplinas, se han desarrollado, en otros términos, distintos conceptos sobre el espacio social transnacional; cfr. entre otros: Herod (2001) y Nicholls (2007).

Una de las mayores precariedades de la teoría del transnacionalismo es su falta de historicidad. Esta se refleja en las primeras definiciones de esta teoría, dependiente de una supuesta novedad de las transformaciones tecnológicas y en la reestructuración del capital como factores desencadenantes de los fenómenos transnacionales contemporáneos. Tal debilidad no se soluciona, empero, con un simple recurrir a los ya cuantiosos estudios históricos sobre el desarrollo del capitalismo, sino que exige una concepción propia de la historia que pueda dar cuenta de un campo específico de posibilidades.²

2. De la historia del trabajo a la historia transnacional del trabajo

La historia transnacional del trabajo se está configurando al presente como una forma de análisis que pretende dar cuenta de los fenómenos que han sido soslayados por la historia del trabajo o han sido vinculados, de manera acrítica, tanto a una serie de procesos globales como a las investigaciones transnacionales y los estudios migratorios, muchos de los cuales, para el último caso, se han realizado, por lo común, alrededor de la dicotomía establecida entre la migración libre y la forzada.

Aunque este campo de estudio e investigación tiene más de 10 años, solamente hasta hace poco se ha comenzado a clarificar su objeto y ámbito, labor que ha sido emprendida fundamentalmente por Michael P. Hanagan y Marcel van der Linden, quien recoge parte de lo desarrollado en los proyectos del Instituto Internacional de Historia Social en Ámsterdam, Países Bajos. Gracias a su esfuerzo se ha logrado colocar de nuevo al

² El transnacionalismo no es una corriente teórica incontrovertible. Para algunos de sus críticos, como Alejandro Colás (2002), ella carece de una noción clara de “agenciamiento” y ha sido incapaz de dilucidar las relaciones entre sociedad y Estado. En esta medida, no puede dar cuenta clara de las jerarquías y estructuras que distinguen al mundo político y, en consecuencia, el uso del término transnacional —sobre todo la corriente que abarca los movimientos sociales— es tan solo una manera de evadir la noción estrecha de internacional centrada en el Estado. Para Ronaldo Munck (2007, p. 23), el transnacionalismo, a pesar de su valor teórico, se ha desarrollado desde una perspectiva etnocentrista europea y estadounidense puesto que gran parte de sus generalizaciones desconocen los procesos gestados en otras partes del globo y dan por sentada una serie de valores políticos y sociales [esta crítica será desarrollada por Marcel van der Linden]. A las críticas anteriores podríamos añadir una serie de obstáculos epistemológicos que se sintetizan en la suposición de que algunos grupos sociales están en vía de extinción y, por consiguiente, no son dignos de estudiarse. Esto induce a pensar que estos grupos sociales —por ejemplo, los campesinos— se encuentran ubicados en ciertas partes del mundo, excepto en los países del centro, y alienta la suposición de que los sujetos sociales más propensos a la movilización social son las clases medias que tienen acceso a la educación. (cfr. Buttell y Gould, 2006; Smith y Wiest, 2006, y Tarrow, 2005). De este modo se introducen, subrepticamente, las antiguas separaciones entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, el campo y la ciudad y la división internacional del trabajo, todo lo cual será examinado en un próximo trabajo que lleva por título “El internacionalismo de izquierda: antecedente histórico y teórico de los movimientos sociales transnacionales contemporáneos”).

trabajo y a las “clases trabajadoras” en el centro de la discusión histórica, e incluso se han planteado formas de abordar los procesos transnacionales que permiten una mejor comprensión y análisis de los mismos habida cuenta que no son exclusivos de finales del siglo XX y principios del XXI.

2.1. El objeto de estudio cuestionado

En 1993, Marcel van der Linden afirmaba que la investigación alrededor de la historia del trabajo había perdido fuerza y estaba siendo considerada, cada vez más, como un objeto para anticuarios. Este fenómeno provenía, de una parte, de la caída del socialismo, de la crisis de los partidos de la clase trabajadora y, fundamentalmente, del desplazamiento del trabajo como categoría central en la vida de los trabajadores y, de otra, de la gran especialización que habían sufrido la historia social y sus múltiples subdivisiones, hecho que hacía cada vez más difícil acopiar una síntesis.

Sin embargo, argumentaba van der Linden, era posible avanzar hacia la integración de la historia laboral con la historia social, lo cual mostraría la vitalidad que aún conservaba la primera. Esta tarea requería, sin embargo, retomar varias aproximaciones teóricas, muchas de ellas provenientes de la Sociología y la Antropología, entre ellas el estudio de las circunstancias geográficas, espaciales y ambientales, los estudios que aíslan a la clase y al movimiento obrero de las influencias externas y las teorías e investigaciones relativas a la historia laboral de los países capitalistas periféricos, pues se considera que su estudio tiene la misma importancia que el de los países del centro y, por tanto, no deben ser analizados como desviaciones de los patrones establecidos en los países altamente desarrollados.

En este panorama conceptual destacan tres elementos estrechamente relacionados entre sí: la pérdida de importancia del trabajo, la integración de otras formas de abordar el objeto de estudio de la historia del trabajo y la incorporación de los enfoques provenientes de otras disciplinas sociales.

El postulado de la pérdida del rol central del trabajo en la vida social, que retoma van der Linden, proviene de Clauss Offe (1985). Este último argüía que el trabajo, el cual aparece como obvio y central a todas las sociedades, ha dejado de tener relevancia para el análisis sociológico dado que no es posible identificarlo o “personalizarlo”, bien sea en términos generales o como era concebido por Karl Marx, es decir, encarnarlo en una categoría específica de trabajador, cual era el caso en el siglo XIX.

Dicha categoría decimonónica le confería a los trabajadores, generalmente los industriales, una fuerza política y social que se expresaba en distintas formas de organización, pero es imposible de asociar ya a los fenómenos sociales contemporáneos. En consecuencia, los obreros no pueden seguir ocupando el lugar primordial en el capitalismo ni, mucho menos, constituyen el sujeto social y político articulador fundamental del

mismo. Por tanto, es impertinente establecer una correspondencia entre las definición de un sujeto específico, determinado por su posición estructural en la producción, y el lugar ocupado por los agentes sociales en esta posición estructural, lo que pone en cuestión la existencia del sujeto mismo y niega, al mismo tiempo, que otras posiciones de estos agentes sociales estén determinadas por la clase a la que pertenecen (Laclau y Mouffe, 1985, pp. 118-119).

Del mismo modo, el trabajo habría dejado de ser la fuerza central de las actividades de los trabajadores y un elemento fundamental en la constitución de su identidad como agentes o individuos sociales. El trabajo es, hoy en día, una categoría heterogénea que poco informa, en términos sociales, del sujeto denominado o clasificado como empleado.

Esta heterogeneidad obedece a la ampliación del sector terciario de la economía y la consiguiente pérdida de empleos en el sector industrial cuyo correlato es, de acuerdo con las tesis sobre la sociedad post-industrial de Daniel Bell (1973; 1976), una creciente separación de los dominios económico, político y cultural. Lo que se presenta actualmente es una división de los trabajadores, en “productores” (*producers*) y “productores de la producción” (*producers of production*), que socava la unidad estructural del trabajo social y la racionalidad que la gobierna en las sociedades post-industriales (Offe, 1985, p. 139).

Esto coadyuva, en correspondencia con las tesis de Bell, a la devaluación subjetiva del trabajo entre los trabajadores, la cual es causada, en gran medida, por la desintegración del medio de vida en la medida que este se halla determinado por una lógica distinta a la generada por el trabajo y la producción, ya que las actividades denominadas contemporáneamente trabajo no poseen ni una racionalidad común ni comparten entre sí las mismas características empíricas. El trabajo, por tanto, no puede seguir ocupando el lugar de categoría central en la teoría sociológica —ni, por extensión, en otras disciplinas sociales—, como tampoco lo ocuparía en la vida misma de los trabajadores.

Marcel van der Linden no deja entrever si comparte plenamente las apreciaciones de Claus Offe, pero sí se puede asegurar al respecto que coincide con la necesidad de esclarecer y volver a determinar el sentido de la categoría de trabajo. Lo que él sugiere, de modo explícito, es que existen otras vías, diferentes al trabajo asalariado, por medio de las cuales los agentes sociales han logrado ocupar la posición estructural predominante, y también otras formas de pensar las cuestiones de raza y género —las que han sido, muchas veces, excluidas de los análisis de orden sociológico e histórico del trabajo—, aunque sin llegar al extremo de afirmar que no existe una correspondencia con la posición de clase, como si lo plantean Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, quienes aducen que aquellas no son concebidas como posiciones de clase, sino como elementos constitutivos de la misma clase.

Se necesita, entonces, reformular el objeto de estudio y, para el efecto, es necesario abordar su crítica desde la teoría de la historia del trabajo. Algunos avances al respecto se encuentran en los trabajos respectivos de van der Linden y Hanagan y en el libro editado por John R. Hall *Reworking class (Repensar la clase)* (1997). De esta obra en particular es pertinente destacar, en virtud de su relación con la historia laboral transnacional, los análisis de varios autores, entre ellos Sonya O. Rose, Margaret R. Somers y Dale Tomich.

Sonya O. Rose (1997, pp. 157-158, 162)³ argumenta que varios de los problemas de la historia del trabajo residen en las exclusiones que en la construcción del concepto de clase obrera se han hecho, es decir, quiénes pertenecen a ella (hombres, blancos y cualificados) y a quiénes se ha dejado por fuera (negros, amarillos, mujeres). Tales exclusiones inciden en que muchas de las generalizaciones provenientes de los estudios históricos sean inválidas, puesto que no puedan dar cuenta de las relaciones entre la construcción de los modos de identidad y de resistencia de las clases.

Margaret R. Somers, por su parte, enfatiza que el “modelo” histórico de la clase obrera fue construido a partir de la narrativa histórica inglesa, hecho que conlleva la consideración de que todo aquello que se aparta del modelo debe entenderse como una desviación o anomalía. Para subsanar esta limitación, la autora propone re-pensar la narrativa histórica bajo cuatro aspectos, estrechamente relacionados entre sí, que permitirían un análisis libre de la carga conceptual mencionada. Ellos son: racionalidad de las partes, *causal emplotment* (1997, p. 82),⁴ apropiación selectiva y la tríada temporalidad, secuencia y lugar.

Finalmente, Dale Tomich afirma que un análisis histórico del mundo laboral debe realizarse en un marco teórico que permita encontrar las diferencias significativas en un conjunto histórico espacial y temporalmente unificado, en contraposición al modelo que busca casos excepcionales o regularidades causales que se repitan. Estas críticas

³ Entre los trabajos que presenta Marcel van der Linden en el suplemento N° 1 del volumen 38 de 1993 de la *International Review of Social History* se encuentra un trabajo de Sonya O. Rose sobre género e historia laboral donde estudia la dicotomía público-privado en la constitución de la historia laboral en cuanto disciplina. La historia laboral, de forma poco crítica, ha aceptado que las mujeres obtienen su identidad en la esfera doméstica y, los hombres, en su lugar de trabajo. Al aceptar un enfoque de género, los historiadores pueden dar cuenta más adecuadamente de la manera como han sucedido los hechos y por qué ellos acaecieron de cierta forma que logra constituir una narrativa de la contingencia histórica más compleja.

⁴ La palabra *emplotment* no tiene equivalente en español. Aunque la expresión *causal emplotment* podría traducirse como trama causal, el significado que provee la autora, desde la narrativa histórica, apunta a que solo es posible discernir el sentido de un evento singular cuando este es inserto, junto con otros eventos, en una relación temporal y espacial. Por consiguiente, las explicaciones de los hechos singulares, cuando son situados en una categoría específica, deben descartarse.

ya venían siendo recogidas en distintas investigaciones históricas (Gabaccia y Iacovetta (Eds.), 2002; van der Linden y Lucassen (Eds.), 1995; van der Linden y Price (Eds.), 2000).

Por su intrínseca relación con el cuestionamiento del concepto de trabajo, cabe mencionar ahora la posible influencia que podrían tener otras formas de abordar el objeto en la futura disposición de la historia laboral, independientemente de que esta se fusione o no con la historia social. La integración de campos disciplinarios desarrollados por otras ciencias sociales es una garantía para realizar una investigación histórica laboral que pueda dar cuenta realmente de la complejidad y transformaciones de su objeto de estudio. Van der Linden, por ejemplo, afirma que algunos de los nuevos enfoques provienen de ciencias sociales como la Sociología y la Antropología aunque se abstiene de mencionar, de modo claro, el transnacionalismo de dichas disciplinas a no ser en algunas referencias de pie de página que indican que este será fundamental para re-conceptualizar la historia del trabajo.⁵

El panorama expuesto en los tres puntos anteriores ha sido cuestionado parcialmente por el mismo van der Linden (1999; 2004) puesto que “el mundo no se detiene en el ecuador” (2004, p. 136). A su juicio, la crisis de la historia del trabajo parte frecuentemente de una visión de la disciplina y de la historia centradas por lo común en Europa y Norteamérica, donde se forjaron las categorías clásicas de trabajo, trabajador, campesinos e industrialización, se determinaron los modelos del quehacer histórico y sus teorías, y se establecieron los terrenos fundamentales de la historia del trabajo, la historia nacional —con el nombre de cada país— y la historia internacional.

Dicha crisis no se relaciona tan solo con lo mencionado al principio de este numeral, sino también con la poca capacidad de integrar los desarrollos de la disciplina a otros espacios geográficos, especialmente de Asia y América Latina; es decir, este tipo de historia tampoco puede, al menos explícitamente, establecer una narrativa histórica, teóricamente coherente, de los procesos sociales que trascienden las fronteras nacionales (Gabaccia y Ottanelli (Eds.), 2001, p. 1), procesos que, algunas veces, relacionan lo “nacional” con otros procesos diferentes a aquellos producidos entre las naciones (inter-naciones).

2.2. Hacia la configuración de la historia transnacional del trabajo

La historia laboral que está en crisis es la de los países “desarrollados”. Encarar la crisis implica redefinir el objeto de estudio y, por lo mismo, formular otro tipo de historia. En este proceso, van der Linden (2003, pp. 205-215) aclarará su posición frente al trabajo

⁵ Es paradójico que la mayor parte de los trabajos sociológicos y antropológicos del transnacionalismo no mencionen tampoco las contribuciones de la historia transnacional del trabajo.

de Offe, sin mencionarlo explícitamente, a fin de demostrar la validez de la categoría de trabajo y la constitución de objetos de estudios concretos que correspondan a la categoría trabajo determinada históricamente en el capitalismo.

La redefinición emprendida por este autor se hará en dos momentos inseparables: el primero se refiere al trabajo productivo capitalista y el segundo a la precisión del objeto(s) de estudio concreto. Van der Linden retomará, entre otros, el trabajo de Moishe Postone sobre Karl Marx donde se evidencian algunos problemas contenidos en la teoría política de origen marxista que tienen repercusiones directas en la historia laboral. Entre otros esfuerzos, Postone (1993, pp. 29 y ss.) intenta probar que el trabajo productivo está, como lo definió Marx, determinado por el modo de producción capitalista y es constitutivo del mismo en la medida que desempeña un papel fundamental en la generación del valor y el plusvalor; por consiguiente, es imposible que se convierta en el soporte del proceso de emancipación. Para el autor, el trabajo productivo y la alienación generada, en parte, en el proceso de producción capitalista, tienen una implicación teórica puesto que exige una crítica del trabajo en el capitalismo y no una crítica del capitalismo desde el trabajo, como es corriente en muchos autores marxistas.

Las valoraciones de Postone sobre el trabajo productivo y la alienación tienen dos consecuencias fundamentales. De una parte, el trabajo productivo es por esencia históricamente capitalista y permite el proceso de valoración. En este sentido, el proletariado no es “el sujeto revolucionario en el sentido de un agente social que constituye la historia y se realiza a sí mismo en el socialismo” (1993, p. 37). En consecuencia, aunque él no lo afirma, es posible concebir o pensar otros agentes de transformación radical del capital. En este punto cabe preguntarse, sin embargo, si otros tipos de trabajo, como aquellos ajenos a la generación directa en la valorización del capital, no tienen, en última instancia, los mismos efectos que el trabajo productivo en tanto permiten y contribuyen igualmente a la constitución de la dominación capitalista.

Por otra parte, la dominación capitalista consiste en “la dominación de las personas por estructuras sociales abstractas creadas por ellas mismas,” (Postone, 1993, p. 30) estructuras que determinan la forma y los fines de la producción.

Entonces, la lógica que crea el medio de vida de las personas, al contrario de lo que afirma Claus Offe, no es extraña al proceso mismo de trabajo y producción en la medida que este medio de existencia ha adquirido otra configuración acorde con los cambios “tecnológico-estructurales” del capitalismo.⁶ En consecuencia, y retomando para ello Postone (1993, p. 181) los planteamiento de Daniel Bell y André Gorz, los trabajadores no son reconocidos ya como trabajadores/productores, sino como trabajadores/consumidores.

⁶ Tomamos la expresión de John Kenneth Galbraith.

Estas transformaciones ya habían sido vislumbradas por el mismo Marx en los *Grundrisse* (1973), donde analizaba las transferencias de las habilidades y destrezas del trabajador a la máquina y el papel de la ciencia como fuerza productiva social fundamental en el capitalismo,⁷ transferencias que liberan tiempo social, no para el desarrollo del individuo social, sino para su sometimiento dentro de la lógica del capital, bien sea en la producción o en la realización de la producción.

En síntesis, el proletariado no puede ser, en la perspectiva de Moishe Postone, el agente de transformación del capital pues su actividad fundamental constituye y realiza el dominio del capital, como tampoco la emancipación significa la reapropiación, por parte de los agentes reales, del proceso laboral del resultado de la producción, ni la abolición de propiedad privada pues ambas se hallan determinadas por las estructuras abstractas que les confieren forma y sentido. Por estas razones, la emancipación social solo podrá referirse a la reapropiación de las capacidades sociales cuyos fundamentos no estén determinados por la constitución de las clases sociales.⁸

Marcel van der Linden retendrá del estudio de Postone, parcialmente y por algún tiempo, razón por la cual el proletariado no es siempre una fuerza capaz de transformar el capitalismo ni, mucho menos, cuestionarlo. Por consiguiente, su objetivo último es el de demostrar que el trabajo sigue siendo constitutivo del capitalismo y de su abolición, independientemente de que este sea valorado, en el sentido de Claus Offe, por los agentes sociales que lo ejercen como una parte fundamental de su identidad.

Sin embargo, van der Linden se separará de la posición de Postone al aseverar que estos verosímiles análisis abstractos requieren, sin embargo, una conexión con procesos históricos concretos, de orden social y político. Tales procesos han evidenciado que los trabajadores, tanto como los movimientos por ellos protagonizados, han sido y pueden ser, simultáneamente, gestores de buena parte de su propia dominación en tanto que trabajadores productivos, pero que ellos son igualmente agentes de su emancipación por ser al mismo tiempo productores de mercancías y mercancías.

En este curso de ideas, los trabajadores pueden aprehenderse en la díada estructural trabajo/producción – trabajo/consumo en la medida que tanto una como otra parte son fuentes de una socialización “mercantilizada” (*commodified*) la cual, no obstante, es posible trascender en un movimiento de autocrítica (van der Linden, 2003, pp. 6, 212). Tal movimiento de autocrítica conducirá a un movimiento de trascendencia o abolición misma del trabajo en la forma en que este ha sido determinado en el capitalismo y solo

⁷ Un análisis más amplio puede consultarse en Bohórquez Montoya (1997).

⁸ Es válido preguntarse entonces cuáles son las capacidades sociales que no se encuentran determinadas o parcialmente constituidas por la conformación de las clases en el capitalismo. En este sentido, Postone está suponiendo un afuera del capital, o al menos de su lógica, que permitiría la emancipación.

entonces logrará recobrar su sentido en los términos en que Marx lo definió, es decir, como autorrealización de agentes sociales que pueden desplegar todas sus capacidades. Por consiguiente, el trabajo, como lo plantea el mismo Postone, y a pesar de los argumentos de Offe, sigue siendo fundamental para en el capitalismo y su análisis.

El segundo momento en la reflexión de van der Linde se refiere a la necesidad de redefinir el objeto de estudio concreto, habida cuenta que la historia del trabajo y de los trabajadores se ha centrado, por lo general, en sus instituciones, líderes y tópicos de discusión, entre otros. No obstante, durante los años 60 del pasado siglo, algunos historiadores británicos prominentes comenzaron la labor de redefinir su objeto enfocándose, a tal fin, en las clases trabajadoras (van der Linden, 1993, p. 1078; 2003, p. 1).

A pesar de estos aportes, la pretensión de van der Linden no es empero la de volver sobre este tema sino sobre la determinación, dilucidada por Marx, del trabajador, en cuanto mercancía, y la vía a través de la cual este llega a serlo, esto es, el trabajo asalariado. Además, en correspondencia con lo planteado por Postone, se pregunta cómo devienen otras categorías de agentes sociales en trabajadores productivos. Así, se incluirá en esta categoría a los esclavos, los pequeños agricultores y peones que eran obligados a trabajar a causa de las deudas contraídas, aquellos sujetos que realizan distintos trabajos de subsistencia, el trabajo de los presos, siervos, aprendices, soldados, ciertas formas de trabajo que son parcialmente mercancías en el Estado bienestar y los subempleados y trabajadores de medio tiempo, entre otros muchos (Hanagan y van der Linden, 2004, p. 1; van der Linden, 2004, p. 142).⁹

Esta formulación se sustenta en seis criterios que Marcel van der Linden adjunta a los planteados ya por Marx acerca del proceso de trabajo, a saber: primero, si el trabajador tiene control sobre su capacidad de trabajo; segundo, la relación del trabajador y sus medios de trabajo y si tiene la posesión de estos; tercero, el vínculo del trabajador con el producto de su trabajo y si a aquel le corresponde parte alguna de las ganancias; cuarto, la relaciones del trabajador con otras personas en su hogar (relaciones de dependencia económica y social); quinto, las relaciones del trabajador con su empleador inmediato fuera del proceso de trabajo, así como las deudas contraídas por préstamos o alojamiento;

⁹ En otro contexto, el análisis y restitución del concepto de trabajo y de las nuevas formas que ha tomado en el capitalismo es abordado por A. Corsani y Antonio Negri bajo la categoría de *trabajo inmaterial* o actividad que produce el contenido cultural e informativo de la mercancía y su ciclo de producción. Así, se abordan los nuevos tipos de trabajadores, las formas que toma el trabajo, los modos de producción, reproducción y acumulación del capital y del conocimiento, todo lo cual que pone en cuestión los conceptos clásicos de trabajo y fuerza de trabajo así como las distintas formulaciones de la ley del valor. Una discusión amplia de estos temas se encuentra en Corsani, Lazzarato, Negri & Moulier-Boutang (1996); Hardt & Negri (1994) y Vercellone (2003). La revista *Multitudes* publica regularmente artículos sobre el tema.

y sexto, las relaciones de los grupos de trabajadores en el medio de trabajo y la dependencia de algunos trabajadores con otros (van der Linden, 2004, pp. 144-145).

Si bien todo lo enunciado complementa la misma definición del agente real del proceso laboral hecha por Marx, le añade otro elemento: la hipótesis, según la cual, el capital, en un contexto histórico determinado, se verá inclinado a “escoger” la forma más rentable de trabajo, forma que podrá ser desechada, en un momento dado, en aras de otra que pueda producir mayores beneficios (van der Linden, 2004, p. 144) y, quizá, disposiciones del proceso productivo y de sus agentes mediatos e inmediatos.

Estos nuevos criterios están permitiendo responder a la necesidad, señalada por M. Postone (1993, p. 160, nota de pie de página nº 97), de estudiar otra dimensión de la dominación en el capitalismo cual es la del trabajo por el trabajo. En concreto, se da una respuesta, no a la dominación del trabajo vivo por el muerto, sino a la del trabajo vivo por el vivo. Asimismo, se da respuesta, de forma estructurada, a la tendencia, que hasta hace pocos años predominaba entre los historiadores del trabajo, de concentrarse en los trabajadores industriales y en las ciudades dejando de lado a los “campesinos” y las áreas rurales (Frid de Silberstein, 2001, p. 79).

En términos generales, los criterios planteados incorporan una serie de fenómenos que habían sido desestimados en la definición del trabajo capitalista, no porque se hubiesen olvidado sino porque la forma de teorizarlos y disponerlos históricamente ha cambiado. En otras palabras, se retoma a los trabajadores, muchos de los cuales han sido definidos bajo la categoría de no productivos o como pertenecientes a otros modos de producción, para devolverles su papel fundamental como elementos constitutivos del trabajo productivo en el capitalismo.¹⁰

De modo paralelo se está respondiendo implícitamente a los cuestionamientos de Laclau y Mouffe en torno al desajuste entre la posición estructural y los agentes reales que la ocupan. De esta forma se evita afirmar que las posiciones ocupadas por estos agentes, fuera del proceso productivo, son posiciones de clases, ya que estas no son realmente exteriores a la lógica establecida por el capital en la producción y en la sociedad, es decir, en la subsunción ampliada de la sociedad en el capital. En otros términos, no hay un adentro y un afuera, sino una continuidad entre ambos en la cual lo que está en el interior se realiza en el afuera (Lacan, 1973, p. 165; 2004, p. 114) y viceversa. Así, no se analizarán, verbigracia, el género, la raza, en tanto posiciones de clase, sino que se inducirá al ejercicio de pensarlas como elementos constituyentes de las clases y, por consiguiente, se evitará caer en la presunción de que en la conciencia existen una unidad y una transparencia o presuponer la preexistencia de esta última.

¹⁰ Lo cual es fundamental para comprender la actualidad teórica y factual de los movimientos sociales campesinos transnacionales.

En resumidas cuentas, los análisis de Somers, Rose, Tomich han logrado integrarse a la historia del trabajo no como simples añadidos que pretenden suplir una carencia en el análisis, sino como aportes que permitirán ampliar, e incluso cambiar, la concepción y formulación del objeto mismo de estudio. Igualmente, no es solo en términos de agentes interiores o exteriores al proceso productivo que debe pensarse la cuestión del agente de transformación radical del capital, como en cierta forma se puede derivar del análisis de Moishe Postone porque, entre otros, son el contexto histórico, el desenvolvimiento de las luchas laborales y el proceso de conciencia los que determinan la realización del potencial de este agente social.

Este doble movimiento ha re-constituido de nuevo el objeto de estudio de la historia del trabajo. Así, tenemos al presente, de una parte, el trabajo productivo y, de otra, los agentes sociales que ocupan su puesto y tanto el uno como los otros solamente pueden disociarse en el nivel teórico que conlleva su análisis. Sin embargo, esta reconstitución ha señalado la necesidad de ubicar al objeto en una trama conceptual que no se encuentra contenida en los marcos locales o nacionales, como generalmente aduce la historia del trabajo nacional, porque los procesos que dan cuenta de la unidad del objeto entran en un juego de interacción mutua que logra trascender todo tipo de fronteras. Paralelamente, esta novel ubicación exige una atención especial a los contextos que dan formas particulares a los procesos.

2.3. Historia transnacional del trabajo

El objeto de estudio, según se explicó, deberá colocarse en una trama diferente —la trama causal, según Somers— a la tradicional división entre la historia internacional y la historia nacional, pues solo así el objeto logrará analizarse, cabe decir mejor, en “un nuevo enfoque de orientación global” (van der Linden, 2004, p. 136). En una “economía globalizada”, la historia del trabajo podrá ser abordada, en definitiva, de dos maneras: en la primera, como uno de los factores de otro gran objeto denominado globalización o, mejor aún, historia de la globalización y, en la segunda, como el estudio, en una escala global, de determinados procesos en los que el trabajo no es el único a tomarse en cuenta. Es pertinente reiterar que las investigaciones o análisis relativos a la historia del trabajo no arrojarían los mismos resultados si su estudio es restringido al nivel local o regional, ya que este proceder restringiría por igual los hechos sociales a sus relaciones con el Estado y las formas como este último ente los determina y valora (Lucassen y Lucassen, 1999, p. 36; van der Linden, 2004).

La segunda manera de analizar los distintos objetos de la historia laboral será precisamente la abordada por van der Linden y la mayor parte de los historiadores mencionados en este apartado, por la sencilla razón de que ella es considerada más fructífera en tanto evita, entre otros, el problema, afirman Donna Gabaccia et al. (Gabaccia,

Iacovetta y Ottanelli, 2004, p. 58), de replicar los procesos estudiados a escala nacional en un estadio global, procesos a los que, no obstante, cabe añadir algunas modificaciones para cuestionar de este modo situaciones locales o nacionales. Igualmente, se eluden las implicaciones universalistas del primer enfoque y las del enfoque internacional (Hanagan, 2004, p. 455).

Por otra parte, dicha dinámica permite comprender los procesos transnacionales o transcontinentales que han tenido una influencia en la constitución de las relaciones entre los Estados nacionales y sus respectivas sociedades, en la medida que facilita determinar qué es específico y qué es genérico de una sociedad específica. Así, es posible revelar o descubrir nuevamente que existen procesos que, como la formación de la clase obrera y su reestructuración actual, son escasamente determinados por las fronteras nacionales, en especial cuando se piensa en la constitución de un mercado laboral mundial a través de los procesos inmigratorios y emigratorios (Gabaccia, 2000, pp. 58-80; van der Linden, 1999, pp. 1.080-1.081).

La segunda forma de tratar la historia del trabajo, desarrollada por van der Linden (1999; 2003; 2004; van der Linden y Thorpe (Eds.), 1990; van Voss y van der Linden (Eds.), 2002), Hanagan (Hanagan y van der Linden, 2004; Hanagan, 2004), Gabaccia (Gabaccia, 1999; Gabaccia, Iacovetta y Ottanelli, 2004; Gabaccia, 1994; Gabaccia, 2000) y Waldron Merithew (2002), adquirirá el nombre de *historia transnacional del trabajo*. Ella será definida como una “historia del trabajo centrada en los procesos y las comparaciones que traspasan las fronteras” (van der Linden, 2003, pp. 3-4).

No obstante, Michael P. Hanagan (2004, p. 455) ha optado por restringir el campo de la historia transnacional del trabajo al estudio “de los traspasos de las fronteras estatales que resultan de la demanda del mercado de trabajo, las políticas laborales del Estado, las acciones de trabajadores o las prácticas de las instituciones de la clase obrera”.

Esta definición, al determinar ciertos objetos concretos, se aparta del planteamiento de van der Linden (2004, p. 143) en el sentido de que para este último el objeto concreto de estudio, después de todo el recorrido bosquejado en los apartados anteriores, es la clase obrera. Sin embargo, ambos autores estarán de acuerdo en que el mundo consiste —antes que una relación entre Estados nacionales, separados pero interconectados— en una serie de procesos, estrechamente relacionados entre sí, que son afectados tanto por la existencia de las fronteras estatales, las cuales difieren según el tipo de Estado al que correspondan, como por las fronteras raciales, de género, culturales o de otro tipo y esto es lo que la hace distinta a la historia laboral (Hanagan, 2004, p. 456; van der Linden, 2003).

¿Cuáles son entonces los procesos que tendría en cuenta la historia transnacional y qué metodología es necesaria para abordarlos? Existe consenso entre estos autores que uno de los principales procesos es la emigración, la cual no es entendida simplemente, en su caso específico, como el movimiento de un lugar dentro de un Estado hacia otro

lugar en otro Estado, sino que incluye las relaciones entre las áreas de expulsión y las de asentamiento. En una crítica directa al trabajo de Glick Schiller, Basch y Szanton-Blanc (1992), la historia transnacional disiente de la consideración de que la migración es un proceso caracterizado por nuevos patrones o que, en esencia, se encuentra determinada por los avances tecnológicos en las áreas de los transportes y las comunicaciones. Más aún, rechaza la presunción de que la escala de estas inmigraciones es totalmente nueva y niega que las naciones y los Estados nacionales hayan sido todopoderosos en el pasado o, lo que es parecido, que la escala de las emigraciones actuales carece de precedente (Gabaccia, Iacovetta y Ottanelli, 2004; Lucassen y Lucassen, 1999; van der Linden, 1999).

La emigración, en términos del transnacionalismo laboral, crea vínculos que determinan un sistema de vida, especialmente al interior de la clase obrera, a partir del cual se generan tipos de trabajos y formas de familia, maternidad, placer y conciencia distintos a aquellos enmarcados en las regiones de origen y asentamiento; igualmente, el transnacionalismo histórico estudiará los procesos, que sin ser originados directamente por la emigración, son generalizados por esta (Gabaccia, 2000; Hanagan, 2004; Hoerder, 2002, pp. 426-440; Waldron Merithew, 2002). Del mismo modo, la constitución del mercado internacional de trabajo que deja entrever las relaciones entre los procesos de proletarización y la construcción de la infraestructura adecuada para el comercio internacional, dará forma a parte de la migración al interior de este último ámbito (Gabaccia, 2000; Hanagan y van der Linden, 2004, p. 3; Hoerder, 2002; Waldron Merithew, 2002).

La constitución y funciones de las fronteras, al igual las políticas relativas a las mismas, no solo afectan otros procesos, sino que también constituyen en sí un proceso, así los autores mencionados no lo hayan formulado explícitamente. Las fronteras, en suma, comprenden un aspecto territorial de las relaciones entre los Estados nacionales, pero también existen al interior de estos. Por tanto, es preciso incluir en ellas los límites culturales, étnicos y políticos que influyen en la formación de las identidades de clase y en su transformación (Hanagan, 2004, p. 464; Hoerder, 2002, p. 426). El internacionalismo laboral y político, que incluye la solidaridad entre los trabajadores, la configuración de modelos de organización y lucha de los trabajadores, las luchas mismas y las relaciones entre las organizaciones de obreros harán parte también de este espectro de procesos¹¹ que constituyen los antecedentes ineludibles de los movimientos sociales transnacionales actuales.¹²

¹¹ Aquí simplemente hemos señalado aquellos procesos que hasta ahora han sido considerados como los más relevantes para el campo de la historia transnacional del trabajo, lo cual no equivale a tomarlos por exclusivos de este tipo de historia.

¹² Véase, entre otros, della Porta, Andretta, Mosca y Reiter (2006); della Porta y Tarrow (2005, pp. 1-17); Tarrow (2005)

La historia transnacional del trabajo plantea también la necesidad de reformular, o al menos esbozar, algunas formas de investigación y sus fuentes. Van der Linden y Hanagan insisten en la necesidad de establecer una serie de comparaciones estructuradas que, dentro de un contexto totalmente controlado, permitan comprender, como ya se mencionó, no solo los procesos pasados y presentes, sino también qué es específico de una sociedad y qué comparte o tiene en común con otras, lo cual obliga a ponderar en qué aspectos es dado contrastar entre sí los procesos o los casos (dentro de ciertos procesos). En consecuencia, se establecerán distintos tipos de comparaciones que respondan a las necesidades del investigador y de la investigación misma, como por ejemplo comparaciones de contraste, de prueba y de incorporación (van der Linden, 2003, pp. 176-177).

Esta labor obliga, también, a ubicar y determinar, ineludiblemente, distintas fuentes de información; es decir, aparte de las tradicionales fuentes escritas, gráficas o fotográficas cabe contemplar otras, como las orales y digitales (van der Linden, 2004, pp. 146-147; van Voss y van der Linden (Eds.), 2002, pp. 18-19). El requerimiento de nuevas o diversas fuentes entraña algo más que un problema metodológico, en la medida que invita o compele al estudioso a salirse del campo histórico para acceder a información proveniente de otras disciplinas, entre ellas las ciencias sociales y naturales, labor que, a su vez, conlleva una selección de enfoques y la manera de incorporarlos a la disciplina específica. Adicionalmente, el trabajo con múltiples fuentes permite indagar a qué se debe la falta de referencias abundantes sobre los aportes realizados por el transnacionalismo sociológico y antropológico. Al respecto, es posible argumentar que mucho de lo “descubierto” por estas disciplinas ya venía siendo trabajado, en términos muy específicos, por la historia laboral y de las emigraciones.

Por otra parte, cabe afirmar que muchos de aquellos estudios son análisis binacionales de carácter transnacional. Finalmente, se podría argüir, como lo hacen Jan y Leo Lucassen (1999, p. 10), que existe un profundo abismo entre los historiadores y otros científicos sociales que redundan en un escaso o nulo conocimiento de los progresos en otros campos del conocimiento social, es decir, no existe un diálogo interdisciplinario. Esto último, sin embargo, no parece ser enteramente cierto en el caso de la historia transnacional del trabajo, como lo permiten constatar algunas de las referencias de los mismos autores. Quizá la respuesta se halle, más que en la metodología, en la concepción sobre el transnacionalismo y su objeto de estudio.

Conclusiones

La teoría transnacional, en sus distintas vertientes, ha permitido el estudio y la comprensión del efecto de las migraciones en la constitución o emergencia de nuevos fenómenos sociales que abarcan, al menos, dos Estados. Sin embargo, como cualquier

disciplina nueva, ella atraviesa al presente un período de decantación que le está permitiendo ajustar sus instrumentos teóricos e incluir en su ámbito otros hechos sociales que no se originan en los procesos migratorios ni están directamente relacionados con estos. A pesar de estos avances, el transnacionalismo sigue careciendo de una base histórica clara, lo que ha posibilitado que se planteen como “novedosos” procesos sociales que realmente son productos de espacios de tiempo y procesos históricos de larga duración. Esta carencia ha venido siendo remediada por la historia transnacional del trabajo y sus aportes, los cuales, si bien lentamente, han comenzado a incorporarse a otras ramas del transnacionalismo sin desdeñar por ello las propias dificultades que viene atravesando esta disciplina.

La historia transnacional del trabajo ha creado un nuevo campo de estudio o, al menos, ha iniciado su sistematización, y está precisando actualmente sus fundamentos teóricos de acuerdo con la definición más precisa de su objeto, lo que ha obligado a recoger los aportes de otras ciencias, sociales y naturales, y avanzar, en consonancia, con la determinación de su método y fuentes. Así, la constitución de la historia transnacional del trabajo que, recordemos, surgió de la crítica del objeto de la historia laboral, junto con el reconocimiento de los procesos transnacionales, ha contribuido, y continuará haciéndolo cada vez mejor gracias a su proceso de perfeccionamiento, a dilucidar una serie de procesos sociales en un contexto que trasciende las fronteras nacionales por varias razones.

De una parte, reinstala el trabajo y a las clases trabajadoras como objetos de estudio aún válidos en todos aquellos procesos de la así denominada “economía globalizada”. Por otra parte, precisa tanto los fenómenos que se incluyen en los objetos de estudio como sus relaciones con otras ciencias. Por último, señala la forma en la cual es viable incorporar nuevas perspectivas de estudio a un campo de investigación que, al incorporar estas visiones, se transforma sustancialmente, y si bien las promesas contenidas en la historia transnacional laboral aún están por concretarse, tal situación de gestación no soslaya la necesidad de esta disciplina de trabajar más en su propia fundamentación teórica.

En este último curso de ideas cabe preguntarse, no obstante, si las incorporaciones teóricas mencionadas son algo más que una simple estrategia para revivir un campo y un objeto que, como afirmó van der Linden, ha sido comúnmente puesto en duda por fuera de la disciplina histórica¹³ y hasta dónde estas nuevas incorporaciones llevarán a una transformación del campo mismo. Para enfrentar tales disyuntivas, es preciso conservar de la historia transnacional laboral la definición que de ella propuso este autor, es decir, la puesta en escena del trabajo y los trabajadores, amén de la necesidad de ubicar

¹³ Entre los años 80 y 90 fue debatida, desde diversas disciplinas, la pertinencia de los conceptos de trabajo y obreros para el análisis del capitalismo contemporáneo.

la investigación social e histórica en la “trama causal”, lo que autorizará a comparar en su esfera al menos dos casos que expresen la continuidad entre el adentro y el afuera o aquello que los agentes reales del proceso laboral edifican mediante sus luchas y en su movilidad territorial y vida cotidiana, algo, que, como ya se explicó, trasciende las fronteras comúnmente reconocidas. Solo así se podrá comprender y analizar cuáles son los límites y posibilidades de estos agentes reales del proceso laboral en su constitución como sujetos de transformación radical del capital y de su propia emancipación.

Más allá de lo anterior, el transnacionalismo permite cuestionar las disciplinas sociales que equiparan el encierro geográfico al confinamiento social, cual hace el nacionalismo metodológico. También permite objetar el extremismo con el cual se exponen una serie de supuestos procesos universales “ilimitados” y el fin ideal de una sociedad (civil) global convenientemente acompañada de una gobernanza global, impulsada, por lo general, desde los organismos financieros internacionales y algunas agencias multilaterales. En esta medida, al reconocer y evidenciar la existencia de fenómenos y procesos que abarcan más de una sociedad nacional y un Estado, arraigados en un conjunto de condiciones sociales concretas, el transnacionalismo —especialmente el histórico— logra hacer visible una unidad inseparable de elementos que expresan tanto la fractura entre el poder del Estado y unas poblaciones en determinados territorios como la imposibilidad de plasmar los proyectos globales que pretenden abarcar a la humanidad completa en la gestión del capital.

Referencias bibliográficas

- Beck, U. (2006). *Qu'est-ce que le cosmopolitisme ?* (A. Duthoo, trad.). Paris: Éditions Flammarion.
- Bell, D. (1973). *The Coming of post-industrial society: a venture in social forecasting*. New York: Basic Books.
- Bell, D. (1976). *The cultural contradictions of capitalism*. New York: Basic Books.
- Bhabha, H. K. (1990). Introduction: narrating the nation. In: H. K. Bhabha (Ed.), *Nation and narration* (pp. 1-7). London: Routledge.
- Bohórquez Montoya, J. P. (1997). La técnica como disposición del mundo. *Texto y Contexto*, 32, 139-187.
- Buttel, F. H., & Gould, K. A. (2006). Environmentalism and the trajectory of the anti corporate globalization movement. In C. Chase-Dunn & S. J. Babones (Eds.), *Global social change: historical and comparative perspectives* (pp. 269-288). Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

- Castells, M. (1999). *The power of identity* (Vol. 2: The information age: economy, society and culture). Malden - Oxford: Blakwell Publishers.
- Colás, A. (2002). *International civil society: Social movements in world politics*. Cambridge: Polity.
- Corsani, A., Lazzarato, M., Negri, A., & Moulier-Boutang, Y. (1996). *Le bassin de travail immatériel dans la métropole parisienne*. Paris: L'Harmattan.
- della Porta, D., Andretta, M., Mosca, L., & Reiter, H. (2006). *Globalization from below: Transnational activists and protest networks*. Minneapolis; London: University of Minnesota Press.
- della Porta, D., & Tarrow, S. (2005). Transnational process and social activism: An introduction. In D. della Porta & S. Tarrow (Eds.), *Transnational protest and global activism* (pp. 1-17). Lanham, MD: Rowman & Littlefield Publishers.
- Faist, T. (2000). *The volume and dynamics of international migration and transnational social spaces*. Oxford: Clarendon Press; Oxford University Press.
- Faist, T. (2001). Beyond national and post-national models: Transnational spaces and immigration integration. In L. Tomasi (Ed.), *New horizons in sociological theory and research: The frontiers of Sociology at the beginning of the twenty-first century* (pp. 277-312). Aldershot: Ashgate.
- Faist, T. (2004). Toward a political Sociology of transnationalization. The state of the art in migration research. *European Journal of Sociology*, 45(3), 331-366.
- Ferrero, S. (2002). Comida sin par. Consumption of mexican food in Los Angeles: "Foodscapes" in a transnational consumer society. In W. Belasco & P. Scranton (Eds.), *Food nation: Selling taste in consumer societies* (pp. 194-219). New York: Routledge.
- Fitzgerald, D. (2004). Beyond 'Transnationalism': Mexican hometown politics at an American Labour Union. *Ethnic and Racial Studies*, 27(2), 228-247.
- Frid de Silberstein, C. (2001). Migrants, farmers, and workers: Italians in the land of Ceres. In D. R. Gabaccia & F. M. Ottanelli (Eds.), *Italian workers of the world* (pp. 79-101). Urbana; Chicago: University of Illinois Press.
- Fuentes, C. (1992). *El espejo enterrado*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gabaccia, D. (1999). The "Yellow Peril" and the "Chinese of Europe": Global perspectives on race and labor, 1815-1930. In J. Lucassen & L. Lucassen (Eds.), *Migration*,

- migration history, history: Old paradigms and new perspectives* (Vol. 4, pp. 177-196). Berne: Peter Lang.
- Gabaccia, D., Iacovetta, F., & Ottanelli, F. (2004). Laboring across national borders: Class, gender, and militancy in the proletarian mass migrations. *International Labor and Working-Class History*, 66, 57-77.
- Gabaccia, D. R. (1994). Worker internationalism and italian labor migration, 1870-1914. *International Labor and Working-Class History*, 45, 63-79.
- Gabaccia, D. R. (2000). *Italy's many diasporas*. Seattle: University of Washington Press.
- Gabaccia, D. R., & Iacovetta, F. (Eds.). (2002). *Women, gender, and transnational lives: Italian Workers of the World*. Toronto: University of Toronto Press.
- Gabaccia, D. R., & Ottanelli, F. M. (2001). Introduction. En D. R. Gabaccia & F. M. Ottanelli (Eds.), *Italian workers of the world* (pp. 1-17). Urbana; Chicago: University of Illinois Press.
- Glick Schiller, N. (2004). Transnationality. En D. Nugent & J. Vincent (Eds.), *A companion to the anthropology of politics* (pp. 448-467). Malden: Blackwell.
- Glick Schiller, N., Basch, L., & Szanton-Blanc, C. (1992). Transnationalism: A new analytic framework for understanding migration. *Annals of the New York Academy of Sciences*, 645, 1-24.
- Glick Schiller, N., Basch, L., & Szanton-Blanc, C. (1999). From immigrant to transmigrant: Theorizing transnational migration. En L. Pries (Ed.), *Migration and transnational social spaces* (pp. 73-105). Aldershot, Hants, England: Ashgate.
- Glick Schiller, N., & Fouron, G. E. (2001). *Georges woke up laughing: Long-distance nationalism and the search for home*. Durham; London: Duke University Press.
- Goldring, L. (1999). Power and status in transnational social spaces. En L. Pries (Ed.), *Migration and transnational social spaces* (pp. 162-186). Aldershot, Hants, England: Ashgate.
- Hall, J. R. (Ed.). (1997). *Reworking Class*. Ithaca: Cornell University Press.
- Hanagan, M., & van der Linden, M. (2004). New Approaches to global labor history. *International labor and working-class history*, 66, 1-11.
- Hanagan, M. P. (2004). An agenda for transnational labor history. *International Review of Social History* 49(3), 455-474.

- Hardt, M., & Negri, A. (1994). *Labor of dionysus: A critique of the State-form* (Vol. 4). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Herod, A. (2001). *Labor geographies: Workers and the landscapes of capitalism*. New York: The Guilford Press.
- Hoerder, D. (2002). *Cultures in contact: World migration in the second millennium*. Durham; London: Duke University Press.
- Kivisto, P. (2001). Theorizing transnational immigration: A Critical review of current efforts. *Ethnic and Racial Studies*, 24(4), 549-577.
- Kwong, P. (2001). The politics of labour migration: Chinese workers in New York. *Social Register*, 293-313.
- Lacan, J. (1973). *Le séminaire. Livre XI: Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse, 1964* (Vol. XI). Paris: Éditions du Seuil.
- Lacan, J. (2004). *Le séminaire. Livre X: L'angoisse, 1962-1963* (Vol. X). Paris: Éditions du Seuil.
- Laclau, E., & Mouffe, C. (1985). *Hegemony and socialist strategy: Toward a radical democratic politics* (W. Moore & P. Cammack, trads.). London: Verso.
- Lucassen, J., & Lucassen, L. (1999). Migration, migration history, history: Old paradigms and new perspectives. En J. Lucassen & L. Lucassen (Eds.), *Migration, migration history, history: Old paradigms and new perspectives* (pp. 9-38). Bern: Peter Lang.
- Mahler, S. J. (1998). Theoretical and empirical contributions toward a research agenda for transnationalism. En L. E. Guarnizo & M. P. Smith (Eds.), *Transnationalism from below* (Vol. 6, pp. 64-100). New Brunswick: Transaction.
- Martins, H. (1974). Time and theory in Sociology. En J. Rex (Ed.), *Approaches to Sociology: An introduction to major trends in british sociology* (pp. 246-294). London; Boston: Routledge & Kegan Paul.
- Marx, K. (1973). *Grundrisse. Foundations of the critique of political economy (Rough Draft)* (M. Nicolaus, trad.). Middlesex: Penguin/New Left Review.
- Munck, R. (2007). *Globalization and contestation: The new great counter-movement*. London; New York: Routledge.
- Nicholls, W. J. (2007). The geographies of social movements. *Geography Compass*, 1(3), 1-16.

- Offe, C. (1985). *Disorganized capitalism: Contemporary transformations of work and politics*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Postone, M. (1993). *Time, labor, and social domination: A reinterpretation of Marx's critical theory*. Cambridge [England]; New York: Cambridge University Press.
- Potts, L. (1990). *The world labour market: A history of migration* (T. Bond, trad.). London: Zed Books.
- Pries, L. (2001). The disruption of social and geographic space. Mexican-US migration and the emergence of transnational social spaces. *International Sociology*, 16(1), 55-74.
- Rose, S. O. (1993). Gender and labor history. *International Review of Social History*, 38(Suppl. 1), 145-162.
- Rose, S. O. (1997). Class formation and the quintessential worker. En J. R. Hall (Ed.), *Reworking Class* (pp. 133-166). Ithaca: Cornell University Press.
- Rouse, R. (1992). Making sense of settlement: Class transformation, cultural struggle, and transnationalism among mexican migrants in the United States. *Annals of the New York Academy of Sciences*, 645, 25-52.
- Smith, J., & Wiest, D. (2006). National and global foundations of global society. En C. Chase-Dunn & S. J. Babones (Eds.), *Global social change: Historical and comparative perspectives* (pp. 289-313). Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Somers, M. R. (1997). Deconstructing and reconstructing class formation theory: Narrativity, relational analysis, and social theory. En J. R. Hall (Ed.), *Reworking class* (pp. 73-105). Ithaca: Cornell University Press.
- Tarrow, S. (2005). *New transnational activism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tomich, D. (1997). World of capital / Worlds of labor: A global perspective. En J. R. Hall (Ed.), *Reworking class* (pp. 287-311). Ithaca: Cornell University Press.
- van der Linden, M. (1993). Editorial. *International Review of Social History*, 38(Suppl. 1), 1-3.
- van der Linden, M. (1999). Transnationalizing american labor history. *The Journal of American History*, 86(3), 1.078-1.092.
- van der Linden, M. (2003). *Transnational labor history: Explorations*. Hants: Ashgate.

- van der Linden, M. (2004). The “globalization” of labor and working-class history and its consequences. *International Labor and Working-Class History*, 65, 136-156.
- van der Linden, M., & Lucassen, L. (Eds.). (1995). *Racism and the labour market: historical studies*. Bern: Peter Lang.
- van der Linden, M., & Price, R. (Eds.). (2000). *The rise and development of collective labour law*. Bern: Peter Lang.
- van der Linden, M., & Thorpe, W. (Eds.). (1990). *Revolutionary syndicalism: an international perspective*. Aldershot: Scolar Press.
- van Voss, L. H., & van der Linden, M. (Eds.). (2002). *Class and other identities: Gender, religion and ethnicity in the writing of european labour history* (Vol. 2). New York/Oxford: Berghahn Books.
- Vercellone, S. l. d. d. C. (2003). *Sommes-nous sortis du capitalisme industriel?* Paris: La Dispute.
- Vertovec, S. (2004). Conciving and researching transnationalism. *Ethnic and Racial Studies*, 22(2), 447-462.
- Waldron Merithew, C. (2002). Anarchist motherhood: Toward the making of a revolutionary proletariat in Illinois coal towns. In D. R. Gabaccia & F. Iacovetta (Eds.), *Women, gender, and transnational lives: Italian workers of the world* (pp. 217-246). Toronto: University of Toronto Press.
- Wimmer, A., & Nina Glick Schiller. (2002). Methodological nationalism and beyond: Nation-State building, migration and the social sciences. *Global Networks*, 2(4), 301-334.

